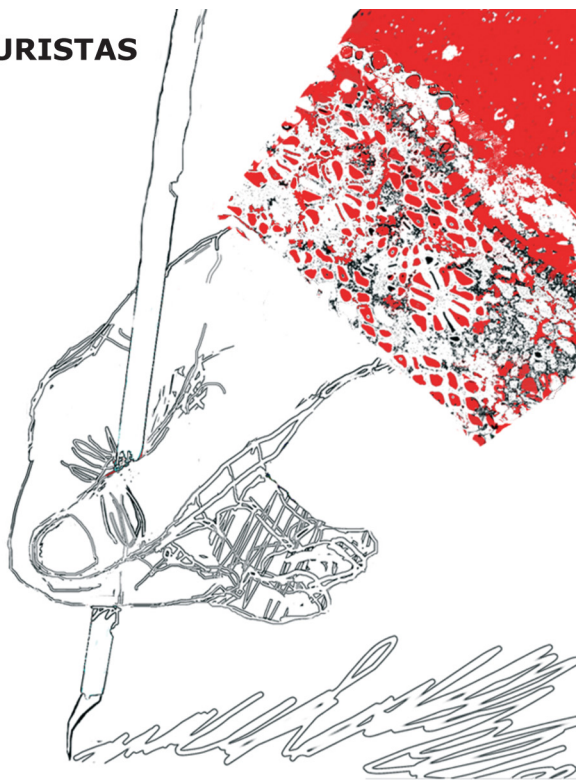


PROSAS Y VERSOS DE JURISTAS



LA NARIZ DEL MANICOMIO

(no se puede ser feliz en calcetines)

Francisco de P. Blasco Gascó

Catedrático



COLECCIÓN PROSAS Y VERSOS DE JURISTAS

TÍTULOS PUBLICADOS

- Versos sueltos**, *Carlos Cibrán* (2006).
- El ruido de las nueces**, *Alfonso Villagómez* (2008).
- Don Magín, profesor y mártir**, *Juan Iglesias* (2008).
- Poemas de otoño**, *Carlos Cibrán* (2009).
- Vocación del día que comienza**, *Ignacio González del Rey Rodríguez* (2009).
- Sistema de contingencias 1**, *Francisco Alemán Páez* (2011).
- Derecho civil en versos**, *José Luis Codes Anguita / Guadalupe Codes Belda* (2011).
- Versos de peregrina**, *Lel Laffitte* (2011).
- La nariz del manicomio (no se puede ser feliz en calcetines)**, *Francisco de P. Blasco Gascó* (2012).

PROSAS Y VERSOS DE JURISTAS

Colección dirigida por CARLOS ROGEL VIDE

Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid

**LA NARIZ DEL
MANICOMIO**
(no se puede ser feliz en calcetines)

Francisco de P. Blasco Gascó

Catedrático



Madrid, 2012

© Francisco de P. Blasco Gascó
© Editorial Reus, S. A.
Fernández de los Ríos, 31 – 28015 Madrid
Tfno.: (34) 91 521 36 19 – (34) 91 522 30 54
Fax: (34) 91 445 11 26
E-mail: reus@editorialreus.es
<http://www.editorialreus.es>

Director de la colección: Carlos Rogel
Diseño de portada: María Lapor
1.ª edición REUS, S.A., 2012

ISBN: 978-84-290-1683-3
Depósito Legal: Z. 108-12

Impreso en España
Printed in Spain

Imprime: Talleres Editoriales Cometa, S. A.
Ctra. Castellón, Km. 3,400 – 50013 Zaragoza

Ni Editorial Reus, ni los Directores de Colección de ésta, responden del contenido de los textos impresos, cuya originalidad garantizan los autores de los mismos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización expresa de Editorial Reus, salvo excepción prevista por la ley.

Fotocopiar o reproducir ilegalmente la presente obra es un delito castigado con cárcel en el vigente Código penal español.

amor volat undique, captus est libidine

Carmina Burana

El título («La nariz del manicomio») es de Quico; alguna respuesta ingeniosa, de Natxo. A cada uno, lo suyo.

PRIMERA PARTE
LA NARIZ DEL MANICOMIO*

* La primera parte de la novela, bajo el título precisamente de «La nariz del manicomio» obtuvo el accésit del XXXIV del Premio CAM de novela corta Gabriel Sijé de 2009. Ahora aparece corregida y levemente ampliada. La segunda parte, «No se puede ser feliz en calcetines», es inédita.

EL NAUFRAGIO O QUÉ HACE UN HOMBRE CUANDO SE ENAMORA

I

Los restos de la noche o del naufragio, como los pecios que el azar abandonara diseminados en la playa de la habitación, permanecían inmóviles mientras los primeros rayos de luz se atrevían tímidamente contra la ventana medio entornada, dando a la estancia un aire a la vez sosegado, plácido y tenebroso, como el cuerpo después de la batalla donde conviven muertos y vivos, ilesos y llagados y todos llevan la estupefacción de estar muertos y de estar vivos marcada en la cara, como una señal inequívoca de haber estado allí, de haberlo contemplado todo, tanto horror y tanta osadía contra la naturaleza viva, de haber violado cualquier regla que ordenara la convivencia o de haber profanado cualquier sentimiento de piedad, de haber olido la sangre que manaba a borbotones y haberse embriagado con tanta sangre sin que nadie pudiera evitarlo, sin que nadie supiera evitarlo y doliera lo mismo estar muerto o estar vivo.

Los restos de la noche, como los restos de un amor olvidado y roto, como los restos de una memoria que el tiempo ya no apuntala, se esparcían callados y quietos por todo el salón: vasos arrinconados, ceniceros rebosados de colillas estrujadas y malolientes, botellas de vino vacías como los ojos de las minas agotadas, libros de todas clases que llevaban nombre de muertos. Kavafis, Cernuda, Pessoa, Graves, Pavese, como una bandada de pájaros que se hubiera posado definitivamente sobre el mármol blanco de la habitación, silenciaban en el suelo, esperando como el arpa de otro una mano que fuera de nieve o una mirada limpia y pausada que se detuviera sobre las letras.

Los restos de la noche eran elocuentes y dispersos, aunque si alguien los interrogara ninguno diría nada, ninguno podría asegurar a ciencia cierta haber visto alguna cosa o haber oído alguna cosa, ninguno podría asegurar indubitablemente que hubiera sospechado algo y todos hablarían del engaño de las evidencias, de las dudas que originan las obviedades, de la falsedad de las circunstancias o de la relatividad de las apariencias que ordenan la vida de los seres. Nada. La elocuencia de las cosas la negaría su propio silencio y las cosas no dirían nada por no hablar de ausentes, porque de quien no está sólo pueden decirse cosas agradables y no hay nada más agradable que no decir nada y las cosas observan esta regla hasta límites insospechados. Por eso no hablan aunque las interrogues, aunque las amenaces con dejarlas solas y a oscuras o las tortures con la indiferencia de su inutilidad; no hablan porque entre ellas ya saben qué se van a decir y les fatiga volver a oír lo que ya saben, porque lo ven todo y todo lo oyen aunque no quieran, porque el silencio les protege de su sigilo. Tanto silencio, sin embargo, sería al final paradójicamente elocuente

y las cosas, por no decir, lo dirían todo; por no decir, lo manifestarían todo; por no decir, lo contarían todo. Como las sombras no pueden negar la luz que ocultan, las cosas pronunciarían, mudas y lenguaraces a la vez, lo que quieren esconder. El difuminado y contumaz silencio de las cosas era la mayor evidencia de una noche insospechada y completa.

Los restos de la noche también permanecían, al fin de la noche, agazapados en un sofá de piel marrón y vieja donde apenas se adivinaba su figura tumbada, dormido, profundamente dormido, capitán olvidado de su navío, jinete delgado y ajeno sobre la montura de la inconsciencia, de la borrachera prolongada donde el alcohol se mezclaba con las palabras y los versos propios y los de otros se empapaban en alcohol para poder ser dichos con nitidez, en el ambiente donde fueron concebidos, lejos de los cosenos y las declamaciones, en la meridiana de la conciencia. La noche había sido larga. La noche había sido intensa y larga. La noche había sido más noche aún que tantas otras noches anteriores: noche profunda y fructífera. Como si fuera el árbol de los frutos oscuros, la noche había sido más noche entonces, donde naufragar o seguir viviendo eran lo mismo.

La luz golpeaba ya detrás de la ventana sin timidez alguna. La luz, como un caimán enfurecido que devorara con una dentellada inmensa los restos de la noche, era un ariete que quería derribar el portón medieval de un castillo asediado por la propia luz y el hambre, por la luz y la fatiga, por la luz desesperada de quien sabe que es la luz quien provoca la sombra sobre los cuerpos desnudos que inútilmente giran su destino, como los planetas sujetos a la noria de sus elipses. Pero la luz que provoca la sombra de los cuerpos golpeaba cada vez con más fuerza, ariete furioso, razón ultrajada, voluntad irresistible de ser que

se agolpa como un puñado de lágrimas iluminadas en los ojos de las cosas, lágrimas invertidas que no quieren salir sino entrar y llenar de humedades o luz las oscuridades de dentro. La luz golpeaba ya furibunda y arrebatada la ventana, luz alta y sólida. Luz de la palabra rápida y precisa. Luz que pasa. Luz que deslumbra o ciega sin dejar ver la luz que nos justifica.

Sentado, aún medio adormecido, apenas abría los ojos para comprobar que estaba vivo, que aún seguía vivo, que ese dolor que sentía en la cabeza o cada vez que parpadeaba o en la zona lumbar de su espalda era la mejor prueba de que estaba vivo, aunque no sintiera que respiraba, aunque las piernas no obedecieran la orden de levantarse, de ponerse en pie y caminar, aunque el cuerpo parecía que se hubiera desplomado, insensible, abatido como un animal fatigado de huir, como un animal al que vence la noche, y tanto cansancio, tanta extenuación lo rinde y agotado busca cualquier arrimo, cualquier refugio para esconderse y reposar lejos de toda mirada, al amparo de cualquier peligro. Abría apenas los ojos con tanto esfuerzo que sentía cómo un mar de sal y nieve se adentraba por sus pupilas para anegarle todo el cerebro, Cuánta luz, ¿qué hora será?, y darle un buen motivo para seguir con el cuerpo desmoronado, los ojos cerrados y el alma despierta. Soy un vegetal que piensa, decía para sí, un vegetal pensante y dolorido.

Lentamente, pero sin desmayo, se levantó del sofá donde ya se clavaba un rayo de luz como un puñal inmisericorde. Dirigió su cuerpo por el pasillo hacia la habitación y sonó un ¡ay! como una rima imposible. Como tantas otras veces, también aquella mañana prometió primero dejar de beber y de fumar, De hoy no pasa; a la altura de la cocina concretó la promesa en beber menos y reducir el número de cigarrillos; ya en la habi-

tación materializó la promesa encendiendo un cigarrillo y anotando en un papel que debía comprar más vino. De manera instintiva, pero también lenta, volvió al salón. Sobre el sofá vio una nota, Ha sido una noche deliciosa. Mañana en mi casa a las 9. Trae vino. La guardó en el bolsillo con pudor, como si fuera un secreto, como si alguien más la pudiera leer, sin recordar que vivía solo. Guardó el papel como si de aquella nota dependiera el aire que respiraba. Hoy en su casa, se decía vergonzoso y recatado como un adolescente que descubriera el sexo y se sentó en el sofá para acabar de fumar lentamente el cigarrillo que había encendido mientras la imaginaba en su cama y pensaba cómo sería, como sería desnuda y blanca, cómo sería desnuda y blanca rodeada de sábanas, y brazos y dedos insurgentes, anegada de besos como los surcos donde se depositan las simientes, donde nacen las fuentes y las acequias que todo lo inundan. Quería seguir durmiendo y soñar que la acariciaba atravesando un bosque de pinos que se atrevía hasta el mar y cerraba los ojos, como cuando era niño y cerraba los ojos con una idea fija en la mente para poder retenerla y soñar con ella cuando se durmiera. Pero el dolor de cabeza le impedía conciliar el sueño y dejarse llevar en mitad de un mar mecido por la inconsciencia.

Pasaba del sueño a la vigilia de manera terrible, como si atravesara un puente altísimo y sintiera todo el vértigo y toda la inseguridad que puede producir la contemplación del vacío. Nunca había entendido el paso del sueño a la vigilia; en realidad, nunca había entendido por qué dormía ni por qué se despertaba. Se podría vivir, pensaba, sin dormir y sin despertar. Los dioses no se despiertan porque no duermen. Si dormiremos toda una eternidad, ¿por qué no permanecer despiertos toda una vida? Mientras lo pensaba (aún no sabía que su di-

ÍNDICE

Primera parte. La nariz del manicomio	9
El naufragio o qué hace un hombre cuando se enamora	11
Como los ojos de Eva	35
Aviso a navegantes y travesía	51
El olvido que se olvida o la derrota.....	71
El olor a manicomio o de donde nunca se vuelve.....	99
Segunda parte. No se puede ser feliz en calcetines	135
La puerta en el muro	137
El pueblo del valle	151
El hostel y el bar	169
El premio	183
El regreso	193
Ya empezamos de nuevo	213

